

REALIDAD Y LITERATURA EN LOS *EPISODIOS NACIONALES*:  
EL CASO DE *AMADEO I*

Miguel Cruz Giráldez  
(UNED - Sevilla)

Afirma Casaldüero que Dickens, Balzac, Zola y especialmente Cervantes forman el fondo sobre el cual se destaca la obra de Galdós. Cervantes no sólo le transmite la forma irónica para captar un personaje, sino que le servirá de guía en el estudio del complejo, de la cristalización de la cultura española. Galdós se forma un concepto de la Historia y de la vida, primero con ideas de Comte y Taine y después con las de Hegel y Schopenhauer<sup>1</sup>.

Para comprender a Galdós es muy útil compararlo con Fernán Caballero y Baroja. Siente la necesidad de estar en contacto con España, lo que lo relaciona con la generación del 98. En toda la obra de Galdós se refleja el ambiente de la España contemporánea: crímenes, injusticias, fanatismos...

Los *Episodios Nacionales* suponen la reflexión sobre un pasado que aún incide en el presente del autor. Así lo ha afirmado Amado Alonso:

«El espíritu de los *Episodios* presenta contrastes esenciales con el de las llamadas novelas históricas. Podéis pensar en las de Walter Scott, o en *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo...; siempre tienen esta condición: que representan un modo de vida pasado, caduco, heterogéneo con el actual, y que precisamente el autor se ha sentido tentado a acometer la empresa... por el placer taumatúrgico de resucitar (aquel modo de vida)... En los *Episodios Nacionales*, al revés. Una necesidad de conocer mejor el funcionamiento de la sociedad española contemporánea impone a Galdós la tarea de novelar el pasado inmediato de donde el presente está saliendo con movimiento orgánico. Lejos de presentar Galdós un pasado como pasado y caducado, lo que hace es mostrar las raíces vivas de la sociedad actual española»<sup>2</sup>.

Los *Episodios Nacionales* constituyen lo que Carlos Seco Serrano ha llamado «una introspección retrospectiva»<sup>3</sup> partiendo de las situaciones desde las

que el novelista las concibe. Pero esa introspección se realiza sobre un pasado vivo. El mismo Seco Serrano señala los componentes integradores de los *Episodios*: a) el esquema de los sucesos políticos que condiciona cronológicamente el relato; b) el elemento novelesco pautado por aquél; c) la pintura del marco social en que se encuadra el conjunto. De estos tres, el menos consistente es el segundo, pero es también el que sirve de hilo en la serie; los otros contribuyen a enmarcar completamente el hecho histórico<sup>4</sup>.

Nosotros vamos a analizar *Amadeo I*, episodio perteneciente a la quinta —y última— serie inacabada. En ésta, la fuerza del relato decae con respecto a las anteriores series. En *Amadeo I* se introducen elementos simbólicos y visionarios —la continua inserción de Clío encarnada entre los personajes de estos episodios—, lo que termina por cansar la atención del lector. Es un álbum de instantáneas históricas directas, escenas como las asombrosas honras fúnebres masónicas tributadas al héroe de Castillejos en la basílica de Atocha:

«El mismo día, tempranito, habíamos ido los cinco a los funerales masónicos que se hicieron al General en la Basílica de Atocha... Yacía el cadáver del héroe de los Castillejos en una capilla de las primeras a mano izquierda, descubierto en su caja bronceada. De la otra parte del templo venía el tintín de campanillas, señal de misa, y se oían pisadas y carraspeo de viejas. Los masones, que eran unos treinta, pertenecientes al Gran Oriente Nacional de España, dieron comienzo a la ceremonia, sin que nadie les estorbara en los diferentes pasos y manipulaciones de su extraño rito.

Descripción del funeral. Lo primero fue hacer tres *viajes* alrededor de la caja, formados uno tras otro. El primero y segundo *viajes* iban dirigidos por los dos primeros *Vigilantes* de la Orden; en el tercero iba de guía el Gran Maestre (Gr... Mae... de la Or.). Al paso arrojaban sobre el cadáver hojas de acacia. Luego, el propio Gran Maestre dio tres golpes de *mallete* (un mazo de madera) sobre la helada frente de Prim, llamándole por su nombre simbólico: *Caballero Rosa Cruz, Grado 18...*»<sup>5</sup>.

Al redactar las últimas páginas de *Amadeo I*, Galdós reflexiona sobre las razones que malograron la democracia española:

«No creo —dice Tito— ni en los revolucionarios de nuevo cuño ni en los antediluvianos, esos que chillaban en los años anteriores al sesenta y ocho»<sup>6</sup>.

Galdós en su novela hará resaltar y fijar un concepto de la realidad. El autor siente la preocupación por situarse en un mundo específico de ficción que sea al mismo tiempo un trasunto fiel de la realidad representada.

Un ejemplo significativo puede ser la llegada del nuevo rey a Madrid. Este acontecimiento —con el que se inicia la novela de Galdós— es referido así por el historiador Melchor Fernández Almagro:

«Con la entrada de Amadeo I en Madrid —2 de enero de 1871— daba comienzo no sólo un nuevo reinado, sino que al mismo tiempo se instauraba una nueva dinastía, con algunos antecedentes en la Historia de España por el enlace de una princesa de Saboya, doña Beatriz, con don Jaime, infante de Aragón, primero y luego con don Manuel, infante de Castilla, segundo hijo del santo Rey Fernando...

De suerte que el primer contacto de don Amadeo con el pueblo que iba él a regir, aparte también del establecido fugazmente a su paso, desde Cartagena, por Murcia, Albacete y Aranjuez, fue el de esta solemne entrada a caballo en la capital de la Monarquía, hasta la Basílica de Atocha, en primer término, para orar ante el cadáver de Prim, y seguidamente al Congreso, sede de las Cortes Constituyentes, a fin de prestar el juramento de rigor —de pie, ante Ruiz Zorrilla, presidente de las Cortes, sentado—; al Palacio de Buenavista, en visita de duelo y homenaje a la marquesa viuda de los Castillejos, y al Palacio de Oriente, en cuya capilla se cantó solemnísimamente el *Tedéum*. Desde el balcón principal, abierto a la Plaza de la Armería, Amadeo I fue presentado a la muchedumbre por el regente Serrano, con estas palabras: '¡Pueblo de Madrid, viva el rey constitucional...!'

En la lenta y brillante paseata, don Amadeo, gallardo jinete, altiva la bien barbada cabeza, imperturbable en la expresión, que pudiera haber alterado tanto el peligro del atentado que se temía como la natural inclinación de todo príncipe a halagar con sonrisas a la multitud, saludaba con cierto automatismo, a derecha e izquierda, con el ademán de que el marqués de Lema rinde testimonio: 'El sombrero —bicornio, de capitán general— describía un arco de círculo movido por un brazo rígido en sentido horizontal': saludos que muchos tuvieron por masónico. La arrogancia de don Amadeo, la gravedad de su porte, su misma juventud, pues el nuevo monarca no había cumplido aún veintiséis años, inducían a simpatía respetuosa. Pero la verdad es que el ánimo general, reservado y expectante, mejor armonizaba con la frialdad de la gélida tarde que con el oficial entusiasmo de arcos y gallardetes, flores y palomas»<sup>7</sup>.

Galdós, que será objetivo en la visión de los personajes históricos, nos narra la entrada en Madrid del nuevo monarca de la siguiente manera:

«El 2 de enero de 1871 vimos entrar en los Madriles al Monarca constitucional elegido por las Cortes, Amadeo de Saboya, hijo del llamado *re galantuomo*, Víctor Manuel II, Soberano de la nueva Italia. En las calles, alfombradas de nieve, se agolpaba el pueblo, ansioso de ver al Príncipe italiano, de cuyo liberalismo y caballerosidad se hacían lenguas los amigos de Prim, que le habían buscado y traído para felicidad de estos abatidos reinos. Como los españoles no habíamos visto, en lo que iba de siglo, Rey ni Roque a la moderna, más arrimados a la Libertad que al feo absolutismo, ardíamos en curiosidad por ver el cariz, el gesto, la prestancia del que nos mandaba Italia en reemplazo de los en buen hora despedidos Borbones.

Entró D. Amadeo a caballo, con brillante escolta, y su persona despertó simpatías en el pueblo... Varios amigos, de quienes hablaré luego, nos situamos en la esquina de la calle del Turco, palacio de Valmediano, orilla baja del Congreso, y le vimos muy a gusto desde que apareció por el Prado y embocó el repecho que llaman Plaza de las Cortes. Saludaba con graciosa novedad, extendiendo ceremoniosamente el brazo al quitarse el sombrero. Uno de los amigos que me acompañaban aseguró que aquel era el saludo masónico en su expresión castiza, y sólo por este detalle vio en el Rey entrante una esperanza de la Patria.

A todos pareció D. Amadeo gallardo, y animoso hasta la temeridad. Y que el hombre tenía riñones bien puestos y un cuajo formidable se demuestra con decir que de una monarquía juvenil le traían a reinar en una vieja monarquía, devastada por la feroz lucha secular entre dos familias coronadas»<sup>8</sup>.

Pero Galdós adoptará siempre la postura de narrador histórico de los hechos:

«Tuve luego conocimientos de otros, y de los que componían las Juntas de Distrito, que irán saliendo conforme los reclame el desarrollo histórico»<sup>9</sup>.

Aguado Bleye y Alcázar Molina han enjuiciado el reinado de Amadeo de Saboya de este modo:

«El reinado de Amadeo fue muy corto: del 2 de enero de 1871 al 11 de febrero de 1873. Tenía cualidades para ser un buen rey constitucional (*el rey que no merecemos*, decían sus escasos partidarios), pero su gestión ante las luchas políticas de España era difícil y además nunca fue popular. Para el pueblo era un rey intruso, casi como José Bonaparte. La nobleza conspiraba en favor del príncipe Alfonso de Borbón y vivía, en general, apartada de la Corte, donde no podía sustituirla la nobleza nueva llamada despectivamente, *nobleza haitiana*. El Directorio republicano había anunciado su propósito de *destronar legalmente a don Amadeo de Saboya*. Las luchas de los partidos pusieron pronto a D. Amadeo en el trance de abdicar una corona que nunca ambicionó»<sup>10</sup>.

Galdós novela en este episodio los acontecimientos más importantes que sucedieron en España durante el breve reinado del monarca saboyano, desde su entrada hasta su abdicación y salida hacia Lisboa. Así nos refiere el atentado del que fueron objeto el joven rey y su esposa:

«Ya nos acercábamos a la calle de la Escalinata —narra Tito— cuando sentimos venir coches que nos parecieron de palacio. Retrocedimos. Era, en efecto, la carreta descubierta en que volvían de los Jardines el rey y la reina, con el General Burgos. Detrás venía otro carruaje... No tuvimos tiempo para mayores observaciones porque de súbito sonaron disparos. Los fogonazos brillaban en un lado y otro de la calle. Encabritados los caballos, se paró el coche. Púsose en pie don Amadeo. El General Burgos atendió a escuchar a la reina con sus corpulentas anchuras... Confusión, espanto... Los transeúntes se agolpaban curiosos o corrían atemorizados... Surgieron polizontes como por magia. Nuevos disparos. La carretela de los Reyes partió a escape hacia Palacio; una de las yeguas cojeaba. Entablóse rápida lucha entre policías y paisanos. Estos huyeron, en veloz corrida... Volvimos al lugar trágico y vimos entre varios heridos a uno yacente, rígido; parecía muerto»<sup>11</sup>.

La visión que la aristocracia tiene del nuevo monarca y de su esposa nos la expone Galdós a través de un personaje de ficción, que es Obdulia, criada de una marquesa:

«Bueno: pues me dijo ayer que este Rey que han traído tendrá que tomar el tole dentro de unos meses, porque en esta tierra no puede cuajar rey extranjero. Y no le vale que sea, como dicen, honrado y caballero. Con eso y la excomunión que tiene encima su padre, el Rey de Italia, saldrá pronto de aquí con viento fresco. En seguida vendrá esa cosa que llaman la Restauración, que es como decir Alfonsito, el niño de doña Isabel, y ese día mandarán los que se llaman alfonsinos... En fin, que no paran de hablar mal de este pobre Rey... Que si no piensa más que en divertirse...; que si sale a la calle como un cualquiera, encanallando la majestad; que si todas las noches se va de picos pardos con su ayudante italiano; que si le han visto en tales o cuales casas...»<sup>12</sup>.

En cuanto a su esposa, la reina María Victoria, Galdós nos ofrece una muestra de lo que la aristocracia pensaba de ella:

«No sabes cómo andan ahora de alborotadas las señoras alfonsinas con la llegada de la Reina, que parece está ya en camino. ¡Y cómo la muerden! Lo menos que dicen de ella es que es *una buena mujer*, sin hábitos de reina; no pasa de *señora de un comandante*, lo más de *un teniente coronel*. Es algo instruida, como que ha estudiado para maestra. Su título es *de la Cisterna*. El título no puede ser más profundo»<sup>13</sup>.

En cambio, la visión de Tito de esta ilustre dama es muy distinta:

«De doña María Victoria se sabe que es una gran señora, y que viene a honrar la Corte y Trono de España. Dilo así a tu ama...»<sup>14</sup>.

Fernández Almagro señala también la hostilidad de la aristocracia hacia los nuevos reyes:

«Desde el primer momento se puso la aristocracia frente a la dinastía, marcando distancias y exteriorizando además su protesta, siquiera fuese burla burlando, en la manifestación llamada «de las mantillas», porque las damas de la alta sociedad madrileña concurren una tarde de marzo en sus carruajes a la Fuente Castellana luciendo aquella españolísima prenda, realizada por la no menos nacional peineta de teja; en muchos bustos prendida la emblemática flor de lis; alarde sin riesgo alguno ni eficacia inmediata que Felipe Ducazcal, popular agitador, quiso descalificar con el vejamen de unos coches ocupados por prostitutas que no tardaron en incorporarse al desfile»<sup>15</sup>.

A este mismo hecho histórico hace referencia Galdós en su novela *Amadeo I*, de tal manera que podemos ver cómo la ficción se entrelaza con la Historia, dándonos en cada instante una admirable descripción de los sucesos:

«Colaborando en la travesura que se traían sus amigos, nos procuramos mantillas blancas y negras en diferentes casas de préstamos, y en lo restante del día y mañana siguiente organizamos la graciosa mascarada que había de desvirtuar y corromper la manifestación de las católicas damas alfonsinas. No fue empresa difícil reunir y contratar dos docenas de *mozas del partido*, bonitas las unas, atarascadas las otras, útiles todas para el efecto que nos proponíamos obtener. El pícaro Ducazcal sacó, no sé cómo ni de dónde, ocho carretelas de lujo, algunas blasonadas, con lucidos troncos de caballos.

La función resultó brillante, abigarrada, jocosa. Salieron aquella tarde las alfonsinas aderezadas con sus mantillas y peinetas, creyendo realizar de este modo una protesta muda contra la nacionalidad exótica de nuestros Reyes. Ridículo, afectado y artero resultaba el españolismo de nuestras clases altas. Las que desde el segundo tercio del siglo habían renegado de todo lo castizo, arrojando al montón de las prenderías las modas españolas, y vistiéndose, comienzo y hablando a la francesa, salían ahora con la tecla de adoptar preseas sacadas del Rastro indumentario. Bien hicieron los pícaros de la política en poner frente a ellas el manchado espejo de un Rastro moral»<sup>16</sup>.

Galdós —cuyo pensamiento se deja traslucir tras estas valoraciones— es muy detallista en la descripción de las costumbres y gustos del rey e incluso alude a los más íntimos acontecimientos, como es el hecho, que la Historia

nos refiere, de la aventura amorosa que el joven monarca mantuvo durante su breve reinado en España. Fernández Almagro lo relata así:

«Entre los galanteos de don Amadeo fue notorio el mantenido con Adela Larra, 'la Dama de las Patillas', hija de 'Fígaro'»<sup>17</sup>.

Galdós no sólo hará referencia a ella, sino que incluso le dedicará todo el capítulo XXII, en el que nos cuenta sus galanteos y andanzas en Santander, así como las escapadas de don Amadeo desde el Palacio Real en Madrid a casa de la citada dama. Y Galdós nos hace igualmente una hermosa prosopografía de ella:

«Mi primer cuidado fue examinar bien el rostro, que vi entonces por primera vez. Mi crítica lo declaró tan agraciado como hermoso; la tez morena, ojos expresivos, grande la boca, tan abundante el pelo que no se contenía dentro de sus límites naturales, extendiéndose por delante de la oreja, como un rudimento suave de varoniles patillas. El conjunto de tal rostro tenía el encanto de la originalidad, que en arte como en belleza es poderoso atractivo. Sentáronse los tres arimados a una mesa, la dama y el Rey juntitos, mano con mano»<sup>18</sup>.

Finalmente, haremos alusión al discurso de abdicación que el rey presentó a las Cortes, y que es digno de referirse debido al exacto uso en el empleo de los términos, entre el relato histórico y la novela de Galdós:

«Si fuesen extranjeros, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería yo el primero en combatirlos, pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetuan los males de la Nación son españoles, todos invocan el dulce nombre de la Patria, todos pelean y se agitan por su bien, y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantos y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible atinar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio para tamaños males»<sup>19</sup>.

La Historia nos lo relata así:

«Si fuesen extranjeros los enemigos de su dicha / la de España/, entonces, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra, agravan y perpetuan los males de la Nación, son españoles, todos invocan el dulce nombre de la Patria, todos pelean y se agitan por su bien; y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantos y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible atinar cuál es la verdadera y más imposible todavía hallar el remedio para tamaños males»<sup>20</sup>.

Todo ello —en conclusión— nos revela que Galdós se ha documentado concienzudamente para escribir su episodio. Ha consultado material historiográfico y ha recurrido a sus propios recuerdos personales para centrarnos el hecho narrado. El novelista es consciente de que la representación de una realidad específicamente humana se halla íntimamente vinculada al fluir histórico, con el que establece una correlación exacta, y sus obras reflejan el articulado dinámico histórico. Además, Galdós es muy objetivo en todo momento y nunca falseará los acontecimientos y personajes, ya que él ha bebido en las mismas fuentes que los historiadores y ha sabido mejor que ellos darnos el espíritu, la visión artística de la Historia.

## NOTAS

- <sup>1</sup> J. CASALDUERO, *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*, Madrid, Gredos, 2.ª ed., 1961.
- <sup>2</sup> A. ALONSO, *Materia y forma en poesía*, Madrid, Gredos, 1955, pp. 244 y ss.
- <sup>3</sup> C. SECO SERRANO, *Los Episodios Nacionales como fuente histórica*, «Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX», Madrid, Guadarrama, 1973, p. 275.
- <sup>4</sup> *Ibid.*, p. 285.
- <sup>5</sup> B. PÉREZ GALDÓS, *Amadeo I*, Madrid, Librería y casa editorial Hernando, 1953, pp. 12-13. Cada vez que cite me remitiré a esta edición.
- <sup>6</sup> *Amadeo I*, p. 187.
- <sup>7</sup> M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Historia política de la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, t. I, pp. 108-109.
- <sup>8</sup> *Amadeo I*, pp. 5-6.
- <sup>9</sup> *Amadeo I*, p. 17.
- <sup>10</sup> P. AGUADO BLEYE y C. ALCÁZAR MOLINA, *Manual de Historia de España*, Madrid, Espasa Calpe, 7.ª ed., 1956, t. III, p. 719.
- <sup>11</sup> *Amadeo I*, p. 248.
- <sup>12</sup> *Amadeo I*, p. 26.
- <sup>13</sup> *Amadeo I*, p. 27.
- <sup>14</sup> *Amadeo I*, p. 28.
- <sup>15</sup> M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Op. cit.*, p. 114.
- <sup>16</sup> *Amadeo I*, pp. 271-272.
- <sup>17</sup> M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Op. cit.*, p. 115.
- <sup>18</sup> *Amadeo I*, p. 233.
- <sup>19</sup> *Amadeo I*, p. 297.
- <sup>20</sup> M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Op. cit.*, p. 158.

